

sentido bajo, por lascivia: Schopenhauer explica aquel verso de Calderón que reza: "Nuestro peor crimen es haber nacido", diciendo que al engendrar no hacemos otra cosa que prolongarnos, y por ende, somos padres de nosotros mismos, siendo nosotros mismos en nuestros hijos. Y allí, cabalmente, me baso para gritar a voz en cuello que el primero de los méritos que tenemos derecho que se nos reconozca es el de existir y también que el infecundo es tan despreciable como el suicida.

En efecto, el espasmo de la lujuria es en un segundo de muerte, un pedazo que nos arrancamos para que, tomando vida, nos continúe a través de las edades.

No quiere decir esto que abusemos de nuestra sangre dando más de lo que nos permitan las venas. Porque haciéndolo perdemos el presente y falseamos el porvenir. Mas no adulteremos la idea de la castidad, la castidad que parece el reglamento de la lujuria, con la idea del renunciamiento en que cayeron los primitivos cristianos.

¿Qué torturadora hubiera sido la tristeza que sintiera Sor Ana, la monja que salió del libro de Anatole France, como de un convento, si, llegada a vieja se hubiese evadido para ir en

busca de sus familiares olvidados hacía tantos años, y los encontrara en medio de la prole, a la hora del ágape, golosos y fornidos, alegres y buenos, mientras ella, hambrienta, enjuta, iba sin hacer nada sobre las baldosas de los corredores, donde no se oían siquiera sus pasos leves!

Ponedla frente a Thais, la cortesana que despidió al flautista de su puerta, por irse en pos de un senobita enamorado.

Ambas van a hacer el balance de la vida, al empezar a caer la noche sobre el cielo como un párpado que lo privara de luz.

La cortesana, convertida por milagro del amor, se rebulló, vivió en la bacanal, oyendo la razón de los arrianos que defendían de los adulteradores, la memoria del Nazareno; sonriendo con los irónicos, sufriendo con los escépticos, corriendo con los optimistas tras la alegría; amando a los gentiles, y, ya en oleo de santidad, viene a morir con la lenta agonía de una lámpara que se apaga.

La otra, la que nada supo del mundo, bien pudo no haber nacido, fué la tristeza, rodando por la vida como una lágrima, silente, cristalina.

Francisco Soler

Año nuevo

Año nuevo! No por cierto para mí. Al oír esta frase se siente que en el fondo de ella palpita algo así como el ansia de una renovación, y en mí nada me hace desearla ni entreverla.

El color del día me es familiar. En torno mío, la monotonía que crea el hábito; y en mi interior, el mismo murmullo que ha días produce la vida al correr sobre los sentimientos que un hecho transcendental despertara en ella.

Mi Año Nuevo comenzó ya hace unos cuantos meses. Una circunstancia apostada en el camino cambió mi rumbo una noche; y cuando por la mañana abrí los postigos

de mi ventana, el día me pareció de un color diferente del que hasta entonces había tenido para mí. El sol vibraba sobre los tejados y en el aire ondulaba la esperanza. Entonces yo me dije:

—He aquí mi Año Nuevo. Y en efecto mis días comenzaron a agitarse en el ritmo que aun perdura.

Hoy muchas bocas cantarán para mí el «Feliz Año Nuevo» y más de un corazón me lo deseará de veras. Si yo les dijese: son inútiles vuestras palabras y vuestro deseo, pues que para mí el Año Nuevo principió en un dulce día de mayo, me mirarían extrañados y se alejarían sin comprender.